

Sistemas en lingüística

FRANCISCO R. ADRADOS

SISTEMAS EN LINGÜÍSTICA

La lengua impone sobre la realidad una serie de clasificaciones, que incluyen abstracciones no perceptibles sin su ayuda. Estas clasificaciones están enlazadas entre sí en cuanto a su contenido y se expresan mediante recursos formales que guardan un cierto grado de proporcionalidad y regularidad. Todo esto es posible porque la lengua es un sistema de signos: sistema que comporta una estructura, es decir, una serie de elementos interdependientes y que sólo en función del todo pueden interpretarse en cuanto a su significado y función. Vamos a tratar de hacer ver las características fundamentales del sistema de la lengua y de su estructura, así como los métodos científicos que actualmente se ponen al servicio de su estudio. Indicaremos también cuáles son las partes del sistema de la lengua que, a nuestro juicio, aún son peor conocidas, así como las ventajas y peligros, según los casos, de los métodos usados.

La noción de sistema, conjunto de elementos «où tout se tient», la encontramos ya claramente definida en Meillet y Saussure; sin duda procede del primero o segundo decenio de nuestro siglo. Desde 1928 aparece, en la escuela fonológica de Praga, la noción de estructura al lado de la de sistema. Trubetzkoy llega a hablar de «la estructura del sistema». Desde 1939, la escuela de Copenhague, por boca de Bronckal, habla de «Lingüística estructural», término que emplean luego Hjelmslev y otros (1).

(1) Cf. E. BENVENISTE, en R. Bastide ed., *Sens et usages du terme structure*, La Haya, Mouton, 1962, pp. 31 ss.

En realidad, el hecho de que la lengua es un sistema o sistema de sistemas es bien conocido desde los analogistas griegos y cualquier descripción que de ella se haga ha de ser, por fuerza, en mayor o menor grado, estructural. Puede, claro está, ponerse el énfasis sobre los elementos más laxamente estructurados o francamente irregulares, sobre los factores individuales de la lengua también. Sin embargo, desde que, con el final de la Primera Guerra Mundial, la atención prestada a la gramática histórica de base «atomística» disminuyó y se atendió más al estudio de la lengua como sistema desde un punto de vista sincrónico, se creó una corriente que hasta ahora ha sido irreversible. Una cosa diferente es la denominación de las escuelas lingüísticas que se han sucedido o han coexistido. El término «estructural» ha quedado principalmente restringido a las escuelas europeas que han heredado a las de Praga y Copenhague, incorporando la atención al significado y otras novedades más por obra de Martinet, Coşeriu y otros. Apenas se ha aplicado, más que secundariamente, a la escuela descriptivista americana descendiente de Bloomfield (Nida, Pike, Garvin, etc.), que, sin embargo, es reconocida como estrechamente emparentada.

Mayor es el equívoco que supone el rechazo de la lingüística estructural (incluyendo esta vez muy concretamente al descriptivismo americano) por parte de la nueva Gramática Transformacional de Chomsky y demás. Para ellos, dicha gramática se reduce al nivel de una mera taxonomía, término que los transformacionistas usan despectivamente. No caen en la cuenta de que las semejanzas son mayores que las diferencias: sólo sobre la base de unidades y funciones que se estructuran en sistemas son concebibles sus transformaciones; y éstas, a su vez, no hacen otra cosa que formular relaciones estructurales dentro de un sistema (2). De todos modos, hay que llegar a Şaumjan (1971) para encontrarse con el título de *Principles of Structural Linguistics*, un libro que llama estructura lingüística a «la red de relaciones lingüísticas que se refieren a la dinámica de la sincro-

(2) Cf. mi *Lingüística estructural*. Madrid, Gredos, 1971, pp. 466 ss.; y también mi trabajo «Las clasificaciones lingüísticas», incluido en *Nuevos estudios de Lingüística general*. Barcelona, Planeta, 1974, donde se cita el libro, importante a este respecto, de A. JUILLAND y H. LIEB, *Klasse und Klassifikation in der Sprachwissenschaft*. La Haya, Mouton, 1968.

nía», es decir, a las leyes que generan unidades lingüísticas de todas las jerarquías (3).

Difícil es, para nosotros, distinguir este dinamismo del estatismo de la Lingüística taxonómica: son, pensamos, dos maneras de describir la misma realidad. En estos rechazos y revisiones, así como en ciertas extensiones y abusos, el término «estructural» está siendo destruido como un término útil para describir los aspectos sistemáticos de la lengua en general. Es preferible, pues, hablar simplemente del sistema de la lengua.

La investigación de este sistema es tarea común de las dos escuelas lingüísticas que dominan el panorama actual: la que llamamos estructural y la que llamamos transformacional, aunque los nombres sean en buena medida convencionales; dentro de la primera incluimos el descriptivismo americano. Trataremos de ver qué idea se hacen del sistema de la lengua las dos escuelas, sus logros y lagunas, sus concordancias y relaciones dentro de la más profunda discordia aparente.

Nuestra concepción de la escuela estructural se basa en la doctrina expuesta en nuestra *Lingüística Estructural* (1969), con las adiciones que aparecerán en la nueva edición en preparación. No ignoro que es una selección que puede tildarse, cómo no, de subjetiva. Al menos, se trata de una doctrina coherente, no de un eclecticismo asistemático; y el libro no oculta las lagunas de nuestros conocimientos ni los problemas, que exhibe abiertamente.

Si escuchamos un texto de lengua realizada, la única que accede a nuestros oídos, captamos una serie de regularidades que asocian una forma a un contenido, es decir, percibimos una serie de signos. Pero hay varios niveles de signos, pues los inferiores se combinan en otros superiores mediante regularidades formales igualmente y así sucesivamente. Por otra parte, los signos inferiores se analizan en unidades no significativas, los fonemas, que, agrupados conforme a determinadas reglas, crean la forma o significante de los signos.

Prescindiendo ahora de este último escalón, en un texto de lengua realizada encontramos signos y relaciones entre los signos, si bien las relaciones o funciones se expresan a su vez mediante signos, que

(3) La Haya, Mouton, 1971.

tienen ellos también un significante y un significado. Podemos hablar de unidades y funciones, siendo signos unas y otros. Es posible hacer un inventario de ellos: una gramática y un diccionario no son otra cosa. Y es fácil hacer observaciones curiosas, como que los signos se agrupan en sistemas y subsistemas: hay los signos gramaticales, frecuentes y organizados en sistemas de escaso número de miembros; los lexicales, menos frecuentes y que se jerarquizan en niveles descendientes o entrecruzados, tales como las clases y subclases de palabras y los campos semánticos. Otras observaciones se referirán a las restricciones que existen en las posibilidades de combinar unos signos con otros, al hecho de que un signo puede tener varios significantes (aloformas) o de que, al contrario, puede tener varios matices significativos, hasta llegar a veces a una polisemia que en realidad debe interpretarse que se refiere no a un signo, sino a varios con igual significante; etc., etc.

Son innumerables las observaciones que un oyente atento, que analiza en vez de limitarse a captar el sentido en bloque, puede hacer respecto a un texto lingüístico, y más si tiene en cuenta la mayor o menor frecuencia de los elementos analizados, en sí o en relación con otros; las regularidades y anomalías, etc. En realidad, a observar hechos como estos está dedicado el mayor número de páginas de los tratados de Lingüística estructural.

Pero el punto de partida es siempre el mismo: un texto no hace más que organizar conforme a unos determinados principios unos elementos de base: obtener de un código un mensaje. Estos elementos se interdefinen en el sistema; piénsese en el sistema de los casos o el de los géneros o las proposiciones o los de los diversos campos léxicos. Las oposiciones se refieren al contenido, aunque se expresan por la forma; y son las que hacen que en el texto se reconozcan las diferencias de contenido, cuando existen. No sólo las unidades; también las funciones son elementos sistemáticos, organizados en sistemas.

Puede decirse que una lengua es, pues, un sistema de sistemas de signos verbales. Pero nadie debe hacerse una idea demasiado simple de lo que es ese sistema de sistemas. Pongamos unas pocas cauciones entre las muchas que podrían ponerse:

a) El sistema de signos verbales opera complementado por signos no verbales (gestos, mostración de objetos) y por la misma situación.

extraverbal. Sólo ciertos tipos de lengua escrita presentan un sistema de signos verbales casi autosuficiente.

b) El sistema de una lengua cual el español es una pura abstracción. Existen dialectos locales y sociales, niveles de lengua, tipos de lengua (científica, literaria de varias clases, estilos, etc., etc.) Hay grupos de hablantes que difieren por el significado que dan a determinadas palabras. Por otra parte, la captación unánime del sentido de los signos no siempre se da: entran en juego las experiencias de quien habla, de quien escucha. Ni vale describir el idiolecto individual de una persona, que puede variar de forma de hablar según varios factores. Puede, como máximo, aceptarse que una parte del código es común a todos los hablantes; otras, no; pero de la primera, por sí sola, sólo se obtienen textos artificiosos.

c) Los sistemas lingüísticos son abiertos. Tanto la forma como el contenido de los signos pueden modificarse en el texto, en boca de ciertos individuos y en determinadas circunstancias; ello, a veces, queda reflejado en el sistema, que adquiere nuevas posibilidades. Nacen nuevos significados o combinaciones de signos, se neutralizan oposiciones. Gracias a esto la lengua es adaptable a las necesidades de los individuos, los nuevos conocimientos, etc.; y no es estable, sino que evoluciona. Siempre hay una tensión entre el sistema presente, el pasado y el futuro; a veces sólo estadísticamente puede captarse.

d) No existe una absoluta coherencia de los sistemas lingüísticos. Sólo en una mínima parte podemos ver la coherencia del sistema fonológico y el significativo; dentro de éste, de la Gramática y el Léxico; etc. Ni todos los elementos están igualmente bien estructurados: hay toda clase de gradaciones dentro del significado de los signos, de los tipos de distribución, del grado de forzosidad de las reglas.

e) Es muy problemática, con frecuencia, la relación entre la forma y el contenido.

f) Existen los hechos de redundancia y de indeterminación, los problemas para segmentar unidades o definir las. La unidad de significado de los signos es, las más veces, problemática.

Esta breve relación dará una idea de la complejidad de los sistemas lingüísticos. Respecto a ellos —y a otros aquí no mencionados— puede decirse que la Lingüística estructural ha hecho un buen trabajo. Pero hay que añadir que esta escuela lingüística, tanto en su vertiente

européa como en la americana, estaba realmente empezando cuando quedó gravemente disminuída por la gran boga de la Gramática transformacional. Puede decirse, sin temor a exagerar, que la Lingüística ha sido tomada por modelo de otras Ciencias en un momento en que todavía se encontraba en gran parte inmadura. Y sigue estándolo, al menos, pensamos, en una serie de aspectos que enunciaremos esquemáticamente:

a) El estudio del significado. Los sistemas opositivos se basan en oposiciones de significados, expresadas por supuesto por los significantes. Pues bien; pese a los esfuerzos de autores como Coseriu, Pottier, Prieto, etc., hay que decir que el estudio del significado, tanto gramatical como lexical, está en sus comienzos. Esta afirmación es válida también para el aspecto sintagmático de la cuestión: el estudio de cómo varía el significado de unidades y funciones en la cadena hablada, tema en cuyo estudio se han distinguido Apresjan y Agrícola. Nosotros hemos tratado de hacer algunas aportaciones en ambos campos y otras se encuentran en tesis de nuestros discípulos. Pero estamos empezando.

b) La Lingüística estructural no ha llegado a producir descripciones exhaustivas en el dominio de la Sintaxis, en el sentido más tradicional del término.

c) Tampoco, salvo en excepciones, ha sido capaz de reunir una documentación estadística que apoyara un conocimiento científico de la paradigmática (sistema) ni de la sintagmática (texto).

En suma: la Lingüística estructural ha proporcionado un análisis suficiente del sistema de la lengua en sus unidades elementales y otros menos decisivos de las unidades intermedias (oraciones, campos semánticos, subclases de palabras, etc.). Pero ha quedado en una situación vacilante de resultas de la irrupción de las nuevas corrientes: y de resultas de ella se encuentran aún mal explorados vastos campos de estudio dentro del sistema de la lengua. De ellos, el relativo a la Sintaxis de oraciones es precisamente el mayor objeto de interés de la Lingüística transformacional y está saliendo muy beneficiado de la atención que ésta le dedica. Pero no vemos en el horizonte, pese a muchos tratamientos dentro de la nueva escuela, progreso decisivo en el campo de la Semántica ni, salvo en manos de algunos estudiosos especializados, en el de la Estadística.

La gran crítica que la Gramática transformacional, desarrollada

a partir de las *Syntactic Structures*, de Chomsky, en 1957, ha hecho de la Gramática precedente, que aquí estamos llamando estructural, es que era principalmente una taxonomía, una descripción de textos mediante la segmentación de los mismos. La crítica era más válida para el estructuralismo o descriptivismo americano que para el europeo, pues aquel no solía pasar de esa segmentación, que ni siquiera era jerarquizada, no atendía a la palabra ni apenas a la sintaxis; tampoco se interesaba por el sistema de los elementos que aislaba. Si es cierto que el problema que interesaba a los transformacionalistas no era atendido en la Lingüística anterior: a saber, el de cómo el hablante produce el texto o lengua realizada y el de cómo el oyente interpreta el texto que escucha. Pero la verdad es que bajo el nombre de producción (*performance*) de la lengua los transformacionalistas estudian, sin duda con mayor exhaustividad, lo que la Gramática estructural y la tradición anterior estudiaban ya bajo la forma de funciones y reglas que hacían ascender del núcleo sistemático de la lengua a la lengua realizada.

Parten los transformacionalistas de la recta asunción de que el hablante no sintetiza sus frases a partir de las unidades elementales combinándolas con ayuda de funciones también elementales. La capacidad de hablar una lengua es para ellos más bien la capacidad de deducir frases a partir de otras mediante ciertas reglas. Partiendo de los sistemas de notación de la lógica simbólica establecieron los marcadores de frase que indican las relaciones dentro de frases concretas; y luego sentaron, también simbólicamente, reglas de transformación, que hacen pasar de unas frases a otras. Pensaban posible, mediante un limitado elenco de frases nucleares y de reglas de transformación, describir con exhaustividad todas las frases posibles de una lengua.

En una segunda fase, a partir de 1965 (4), la noción de sentencias nucleares ha sido abandonada y sustituida por la de estructura profunda. Según la versión que Chomsky da de ésta, el componente categorial y el lexical de la lengua (es decir, hablando grosso modo, el sistema de la Gramática y el del Léxico) son los que producen la estructura profunda de una oración; a ella pueden responder varias

(4) De los *Aspects of the Theory of Syntax* de Chomsky (Cambridge, Mass., 1965). Cf. también, del mismo autor, *Studies on Semantics in Generative Grammar*. La Haya, Mouton, 1972.

oraciones de superficie, cuyo significado será idéntico, pues es la estructura profunda la que expresa el significado. Se habla ahora de que la estructura profunda «engendra» la de superficie y se prefiere hablar de Gramática generativa.

La oposición entre estructura de superficie y estructura profunda responde en cierto modo, como se habrá comprendido, a la que existía entre sistema y texto o código y mensaje en la Gramática estructural. Ahora el elemento abstracto de que deriva la lengua realizada es concebido como un conjunto de frases que, una vez desprovistas del léxico, pueden llevar a una estructura más profunda todavía: la que consiste en marcadores que relacionan entre sí clases de palabras y funciones.

La estructura profunda de una lengua estaría, así, constituida por una serie de frases desprovistas todavía de su notación fonética y de su organización en palabras, pero provistas ya de todos los datos necesarios para su interpretación semántica. Esto en realidad presupone el nivel más profundo todavía a que hemos aludido: aquel en que existen sólo marcadores con indicación de clases de palabras y funciones. Pero, en el fondo, esto no aporta nada nuevo respecto al análisis ya hecho por la Lingüística transformacional; y sugiere la falsa asunción de que esos marcadores son universales, siendo las lenguas individuales solamente sistemas de transformaciones que afectan sólo a lo formal, no al sentido. Por ejemplo, es resucitado el sujeto «lógico» de la antigua gramática como figurando en la estructura profunda de ciertas frases; también habría sujeto en las frases imperativas en que luego sufre delección en la estructura de superficie; faltaría, en cambio, allí donde la estructura de superficie presenta sujetos no agentes (con el verbo «ser», etc.). Y así sucesivamente. O sea, que aparte de no aportarse nada al análisis del sistema de la lengua, se concibe éste, arbitrariamente, como consistente universalmente en unos pocos esquemas siempre repetidos.

Por una parte, la fijación de la estructura profunda de dos o tres oraciones, estableciendo cuál es la que recoge el significado común de ellas y aceptando que realmente hay un significado común, es un ejercicio puramente subjetivo. Algunos autores, como Fillmore y Lakoff, han querido prescindir de las categorías y funciones tradiciona-

les, haciendo cada vez más abstracta la estructura profunda (5). Con ello se pretende llegar a formulaciones cada vez más elegantes y simples del sistema de la lengua: un menor número de marcadores básicos y uno mayor de transformaciones que llevan de ellos a la estructura de superficie. Hay algo de juego y de caprichosa irracionalidad en todo esto. Lo que se descubre es en realidad aquello que se buscaba: un sistema lingüístico universal consistente en un conjunto de estructuras lógicas y que luego se «traduce» en vestiduras lingüísticas particulares por obra de las diferentes lenguas. Fillmore y Lakoff no hacen más que sacar las últimas consecuencias de Chomsky, que a su vez descubre ahora sus precedentes en Port Royal y en toda la Gramática lógica que la investigación europea había, creemos que justamente, rechazado como perteneciente a un estadio precientífico.

Lo que realmente es un progreso es el acento que ha puesto la Gramática transformacional en el hecho de que las frases de la lengua realizada son deducibles unas de otras mediante reglas que formalizan sus relaciones. Es factible así, como anticipábamos, llegar a una descripción completa de la Sintaxis de una lengua en cuanto establecimiento de relaciones formales. Aunque siguen quedando pendientes las implicaciones estadísticas y todo el dominio del significado. Pues si bien la Gramática transformacional ha venido ocupándose de la relación entre Sintaxis y Semántica a partir de un artículo de Katz y Fodor en 1963, nosotros no creemos fructífera una teoría semántica que solo intuitivamente hace un estudio previo de los hechos positivos, esto es, del sistema, y que tampoco realiza un estudio empírico y minucioso de las constantes semánticas que se producen dentro del contexto.

Al menos desde el punto de vista de quienes nos hemos formado en el estudio de los textos de las llamadas lenguas naturales, la Gramática transformacional, junto a sus justas llamadas de atención y a sus aportaciones, encierra graves peligros. Tiende, presa del simbo-

(5) FILLMORE, C. J., «The case for case», en Bach, E., y Marms, R. T., eds., *Universals in Linguistic Theory*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1968; LAKOFF, G., «On instrumental adverbs and the concept of deep structure», *Foundations of Language*, 4, 1968, pp. 4-29; «Linguistics and natural Logic», en D. Davidson y G. Harman, ed., *Semantics of natural Language*. Dordrecht, Reidel, 1972, pp. 545-665; y otros trabajos más.

lismo que utiliza, a prestar a sus conceptos validez absoluta, aunque los haya tomado de la Gramática anterior. Una inmensa parte del sistema de la lengua queda ahora fuera del foco de atención del lingüista. De otro lado, las analogías de las lenguas naturales con las lenguas científicas y los sistemas simbólicos, aleja a su vez la atención de factores como son la abertura de la lengua, lo problemático del significado de las unidades, la neutralización, etc., etc. El método lleva, en definitiva, a buscar en la lengua natural algo en buena medida ajeno a ella: la estructura profunda es para Lakoff un conjunto de formas lógicas. Basa sus descripciones en conceptos heredados que no siempre son justos y desatiende, en cambio, múltiples detalles que considera como hechos irrelevantes que no hay que tener en cuenta al establecer un modelo lógico o matemático. En suma, tiende a tratar la Lingüística como una ciencia puramente deductiva y a crear una teoría general cuya aplicabilidad a cada lengua particular no se estudia ni interesa demasiado.

Este panorama de escisión, presentado con cierta crudeza, es el que caracteriza a la Lingüística de hoy. Dado que el objeto de estudio es común, nada tiene de extraño que ello se refleje en rasgos comunes; y que ciertos aspectos del objeto de estudio sean mejor atendidos con ayuda de un método que de otro. No es menos justo decir que esta escisión, llegada en el momento en que la Lingüística estructural apenas empezaba a dar frutos importantes, ha producido un daño profundo. Tenemos, de un lado, una ciencia inmadura, que presenta campos enteros mal explorados. De otro, una ciencia no menos inmadura, pero llena de optimismo porque su lenguaje y su mentalidad se ajustan a los del momento. No sería justo, ciertamente, negar las grandes aportaciones de una y otra. Aunque parece más adecuado poner la mirada en las limitaciones de una y otra ahora que la Lingüística se ha convertido casi en mito y tanto aficionado y tanto especialista que desconoce vastos territorios del campo de la lengua, así como casi todo lo que se ha escrito, da en voz alta su lección apoyado por una gran máquina de publicidad.

La lengua es un sistema tan absolutamente complejo que en su establecimiento trabajan personas que se desconocen y que se creen incompatibles. Pensamos que cuando el tiempo pase y ciertos excesos se revelen contraproducentes, empezarán a encontrar un ajuste recíproco las diversas aportaciones. Los puntos de partida inductivos y

ios deductivos deben encontrarse y tanto lo sincrónico como lo diacrónico, lo común como lo particular, lo que se explora mejor mediante el simbolismo o la estadística o la pura observación empírica, tendrán cabida en el cuadro que de ahí se deduzca. Pues todo ello pertenece al sistema de la lengua.